

■ la esquina

Historias de Celia



José Aguilár

NO, no me refiero a Celia Villalobos y sus historias de los huesos de jamón, sino a Celia Sierra, esa niña de doce años, gitanita portuguesa, que vive desde pequeña en el asentamiento chabolista de El Vacie, en Sevilla, pero que también podría vivir en El Chicle (Jerez), en el Cerro del Moro (Cádiz), en el Polígono Almanjáyar (Granada) o en La Chanca (Almería), en alguno de esos sitios en los que la ciudad cambia de nombre para llamarse pobreza, marginación y desesperanza, y que están ahí, en los suburbios que no vemos porque no los queremos ver.

Celia, la penúltima de ocho hermanos, hijos de un cartonero, ha salido en los periódicos porque hace sólo tres años que pudo empezar a ir a un colegio público y hace sólo uno que aprendió a leer y escribir gracias a eso y gracias a las clases de apoyo de una ONG, razón más convincente para salir en los periódicos que las que podría esgrimir la inmensa mayoría de los que salen. Además, ha ganado un concurso de redacción –tercer premio– por escribir un relato corto sobre la boda de su hermano Juan, una boda cele-

brada entre latas en la que los niños cogían almendras, bailaban en círculo alrededor de los novios adolescentes y comían pasteles y surtidos, según contaba ella en su relato con una prosa de la que serían incapaces muchas estrellas de la telebasura.

Esto lo coge Frank Capra y hace uno de esos pelicolones de final feliz que tanto desagradan a aquellos a quienes la vida no ha negado nada y que tantas lágrimas furti-

El premio de Celia es un fogonazo de esperanza para todas las celias que jamás escribirán ni saldrán en los periódicos

vas hacen derramar en la penumbra a los más duros de entre nosotros. A falta de Capra, digamos aquí, en este papel más efímero aún que el caso que la motiva, que Celia es un fogonazo de esperanza frente a la fatalidad y la resignación, la esperanza para todas las otras Celias que andarán por ahí perdidas y que nunca saldrán en los periódicos porque no escribirán relatos premiados, quizás por-

que no aprenderán nunca a escribir, y que nos interpelan desde el silencio y la invisibilidad.

El premio, un saltador, no le salvará de volver cada tarde a su chabola, ni de jugar en un suelo de tierra, ni de calentar al fuego el agua cogida de un caño comunitario para lavarse. Tampoco enseñará a leer a su padre, al que ella ha de interpretar las cartas que recibe. Pero tal vez el saltador, y lo que significa, le permita salvar la valla aparentemente insalvable que hemos levantado para que no amargue nuestra confortabilidad. Seguramente el resentimiento es más llamativo que la superación, pero también más infértil.

Celia ha dicho que en el futuro incierto le gustaría ser abogada –“para defender a mis hermanos”– y vivir en una casa con agua corriente para estar mejor. Lo primero está al alcance de muchos, lo segundo debería estarlo. Qué menos.

Celia, chiquilla, ojalá consigas el milagro de que la historia sea como la mereces. Tú y todas las Celias que no ganan premios de redacción y no salen en los periódicos y a las que no les dan un saltador.

→ jaguilár@grupojoly.com